

MARCOS MARTÍNEZ, *Ensayos de Filología Clásica*, La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2001, 419 pp.

Recuerdo que fue en 1984 cuando leí por primera vez un trabajo del profesor Martínez Hernández, y esto lo recuerdo muy bien porque aquella lectura fue fundamental para la orientación de mi futura vida académica. Se trataba del texto que recogía su conferencia acerca del estado de la semántica del griego antiguo, publicado en un grueso volumen de actualización científica en filología griega. Si bien ésta fue la primera vez que sus textos se cruzaron en mis incipientísimos intereses académicos, ya no sería afortunadamente la última. Su panorama de la semántica me animó decididamente a continuar leyendo otros trabajos suyos, en especial los dedicados a la semántica, aunque también fui descubriendo una inquietante y estimulante variedad temática. Aquel a quien identificaba en principio como semantista se me revelaba interesado por temas tan diversos como los nuevos planteamientos de la filología clásica y su didáctica, la prensa escrita relativa al mundo antiguo, la mitología de las islas Canarias o la literatura griega.

Prueba fiel de todos estos intereses es este libro, cuya circunstancia queda recogida en la introducción: su traslado o, mejor dicho, regreso, desde La Laguna a la Complutense, dio lugar a una importante donación bibliográfica a la biblioteca de aquella universidad que, agradecida, publica este volumen recopilatorio y verdaderamente panorámico. El libro está compuesto de doce capítulos correspondientes a esos intereses científicos aludidos que, además, reflejan muy bien la trayectoria científica seguida durante los años de La Laguna. En cuanto a sus aproximaciones a la filología clásica, Marcos Martínez no olvida que, al margen de los aspectos más técnicos y especializados, sus disciplinas forman parte de la propia historia de la cultura (capítulo 1). Su interés decidido por fomentar la tradición clásica, el humanismo, o la propia historia de la filología, tiene que ver, evidentemente, con esta orientación tan profundamente intelectual. Igualmente importante para ese cometido de acercamiento a la sociedad es la adecuada selección temática de textos griegos (capítulo 2), buscando precisamente aquellos temas que más puedan decir a los alumnos actuales (democracia, amor, mujer, paz, progreso, naturaleza). Y no lejos de esta preocupación por acercar la filología clásica a los intereses de hoy está su constante interés por el reflejo que la cultura clásica tiene en el periodismo actual (capítulo 3). Este es un capítulo que convierte en útil instrumento didáctico el uso de un material considerado como anecdótico y efímero: la prensa escrita (reconozco que este trabajo, cuando fue publicado en la revista *Estudios Clásicos*, me hizo desistir de mi empeño de continuar recopilando recortes de prensa, ya que Marcos Martínez lo había hecho de una manera bastante más sistemática de lo que yo mismo podía). De su pasión por la prensa escrita me consta que suele leer al menos dos diarios. También otra circunstancia vital concreta, los años pasados en La Laguna, ha favorecido la elaboración de trabajos relativos a las

Islas Canarias y la mitología, tanto desde el hecho concreto de ser las Canarias (capítulo 4) como de ser “islas”, y no sólo islas, sino “islas poéticas” (capítulo 5). Hay, por tanto, un interesantísimo salto conceptual, desde el estudio de unas islas dadas, a la consideración del concepto general sobre las islas en la literatura antigua. No a todo el mundo se le habría ocurrido dar ese salto, salvo a alguien de una extraordinaria curiosidad. También en la línea de acercar la literatura griega a los nuevos lectores modernos adecuando los temas, tenemos el capítulo 6, dedicado a las cartas de amor de la literatura erótica griega, donde vuelve a reivindicar, ahora en palabras de su maestro, el profesor Lasso de la Vega, el carácter de ciencia humanista de la filología clásica, y no sólo de ciencia del texto. El autor no duda en trascender el tema concreto de su estudio para hacer unas consideraciones básicas sobre el concepto de cultura desde el mundo antiguo al moderno que dan muestra de los amplios intereses del autor. El capítulo 7, titulado “Para una semántica del griego antiguo”, recoge el texto preparado con motivo del Congreso Internacional de semántica celebrado en La Laguna para conmemorar, precisamente el año 1997, el centenario de la fundacional semántica de Michel Bréal (casi todos ahora reunidos en su *Semántica del griego antiguo*, publicada por Ediciones Clásicas en 1997, año del congreso internacional de semántica que él mismo organizó en la Universidad de La Laguna, y de donde surgieron, además, dos imprescindibles volúmenes de actas). Es muy destacable el apropiado estudio teórico y recopilatorio dedicado a las diferentes teorías sobre los campos léxicos dentro del nivel de la semántica de la palabra, a medio camino del significado de las unidades inferiores y de las semánticas de la frase o del texto. Su propuesta razonada de un esquema que articule un posible manual de semántica griega (quizá hoy día tuviera que plantearse como una obra colectiva) sigue siendo tan necesaria como válida. A la semántica le siguen nuevos estudios literarios, como el dedicado al mundo clásico en la obra del poeta canario Manuel Verdugo y Barlett (capítulo 8), donde el autor demuestra un excelente dominio de la teoría literaria. En concreto, utiliza aspectos de la llamada “estética de la recepción” a la hora de analizar la inteligencia y lectura que los escritores modernos hacen de los textos clásicos. Pero el autor puede ir mucho más allá en el uso de la teoría y la crítica literaria. Así, en otro interesante estudio literario que ocupa el capítulo 9, dedicado a la selección literaria en la Antigüedad, asombra, verdaderamente, frente a lo que viene a ser esperable en los filólogos, exquisitas referencias a críticos literarios que, a pesar de su grandeza e interés, no suelen ser demasiado citados, como es el caso de Alfonso Reyes. Marcos Martínez cita oportunamente las imprescindibles páginas que el sabio mejicano tituló “Teoría de la antología” (en este momento, me viene a la memoria la penetrante alocución que otro catedrático de La Laguna y lexicólogo, Gregorio Salvador, dedicó a Reyes con motivo de su centenario en 1989, y que está recogidas en su volumen misceláneo titulado *Un mundo con libros*, Madrid, Espasa Calpe, 1996, pp. 165-169). El capítulo 10 está dedicado a una revisión panorámica del teatro griego, preparada minuciosamente para los alumnos del otrora Curso de Orientación Universitaria,

donde no falta un pequeño homenaje a su maestro Lasso en el epígrafe dedicado a la presencia de la tragedia griega en el teatro moderno. Finalmente, los capítulos 11 y 12 versan sobre dos aspectos diferentes de la lengua griega: de un lado, las interjecciones de dolor en Sófocles, estudio acompañado de una exquisita bibliografía (no en vano, su tesis doctoral tuvo como tema la esfera semántico-conceptual del dolor en Sófocles, dentro de la corriente teórica de L. Weisgerber, pero sin olvidar la lexemática coseriana, cuyos libros fundamentales fueron traducidos por Marcos Martínez en Gredos) y, de otro lado, un estudio sobre los aspectos generales del lenguaje coloquial griego, quizá menos conocido, si lo comparamos con estudios tan asentados desde la filología latina como el libro de Hofmann dedicado al latín familiar.

En definitiva, estamos (y me permito parafrasear a Henry James) antes las lecciones de un maestro. No podía saber, ciertamente, en 1984, que entre ese puñado de cosas buenas que la vida nos acaba deparando estaría compartir con Marcos actividades docentes y poder reseñar este libro.

FRANCISCO GARCÍA JURADO